





# Ha-Lugar de un Encuentro



EDICIONES UNIVERSITARIAS DE VALPARAÍSO

Varios Autores.

**Ha-Lugar de un Encuentro.**

En Torno al Libro "El Acto Arquitectónico - 1ª edición - Valparaíso.

Ediciones Universitarias de Valparaíso 2012.

108 p : 15 x 21 cm. : Colección HeteroGenios

ISBN: 978-956-17-0521-0

1. Arquitectura. 2. Teoría Arquitectónica. 3. Estética. 4. Dibujo.  
CDD 720.1

---

**HA-LUGAR DE UN ENCUENTRO**

En torno al libro El Acto Arquitectónico

© Varios Autores

Inscripción N° 218.140

ISBN: 978-956-17-0521-0

.:Tig.:.

Taller de Investigaciones Gráficas

Colección HeteroGenios 2

e[ad] Ediciones

ESCUELA DE ARQUITECTURA Y DISEÑO PUCV

ESCUELA DE ARQUITECTURA UNAB

Sede Viña del Mar

Facultad de Arquitectura, Arte y Diseño

Universidad Andrés Bello

EDICIONES UNIVERSITARIAS DE VALPARAÍSO

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Calle 12 de Febrero 187, Valparaíso

Fono: +56 32 227 3087

Fax: +56 32 227 3429

[www.euv.cl](http://www.euv.cl)

Valparaíso, junio 2012.



**Ediciones e[ad]** Colección HeteroGenios 2  
ESCUELA DE ARQUITECTURA Y DISEÑO  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso



# Ha-Lugar de un Encuentro

EN TORNO AL LIBRO *EL ACTO ARQUITECTÓNICO*, DE ALBERTO CRUZ C.

Alfredo Jocelyn-Holt L.

Pedro Gandolfo G.

Roberto Godoy A.

Bruno Barla H.

Carlos Oyarzún P.

Abel González R.

Massimo Alfieri

Patricio Bulnes E.

Virgilio Rodríguez S.





## TABLA DE CONTENIDOS

PRESENTACIÓN Alberto Sato	11
LA CIUDAD ABIERTA COMO ACTO ARQUITECTÓNICO Patricio Cárvanes S. y Manuel F. Sanfuentes	13
<b>PRESENTACIÓN DEL LIBRO EL ACTO ARQUITECTÓNICO</b>	
LA COMPLEJIDAD DE UNA OBRA Y SU HISTORIA PENDIENTE Alfredo Jocelyn-Holt L.	19
IMPRESIONES ACERCA DE EL ACTO ARQUITECTÓNICO Pedro Gandolfo G.	31
SOBRE EL ACTO ARQUITECTÓNICO Roberto Godoy A.	35
<b>HOMENAJE DE LA MUNICIPALIDAD DE VALPARAÍSO AL PROFESOR ALBERTO CRUZ COVARRUBIAS Y PRESENTACIÓN DEL LIBRO <i>EL ACTO ARQUITECTÓNICO</i></b>	
INTRODUCCIÓN Bruno Barla H.	43
HOMENAJE MUSICAL Susana Espinoza V. y Carlos Oyarzún P.	53
PRESENTACIÓN DE ALBERTO CRUZ COVARRUBIAS EN VALPARAÍSO Roberto Godoy A.	55
ECOS DE UNA PROPUESTA Abel González R.	61
TESTIMONIO Massimo Alfieri	65
SOBRE «EL ACTO ARQUITECTÓNICO» Patricio Bulnes E.	69
PRESENTACIÓN DE «EL ACTO ARQUITECTÓNICO» Virgilio Rodríguez S.	77
<b>SEPARATA</b>	
ENCUENTROS Y DESENCUENTROS Carlos Oyarzún P.	87
COMENTARIO ACLARATORIO Alfredo Jocelyn-Holt L.	95
COMENTARIOS	97



## PRESENTACIÓN

Alberto Sato

Decano de la Facultad  
de Arquitectura,  
Arte y Diseño.  
Universidad Andrés Bello

Seré breve, damos un paso al frente y callamos. Nos sentimos honrados en acompañar discursos enriquecedores, francos, con pocos rodeos como el que alberga esta publicación, como es también la arquitectura en su cosa y quizás por tal razón sea de difícil traductibilidad.

Celebramos este acto que expone nuevas aristas de tan extraordinaria experiencia poética y nos hemos involucrado aquí porque el respaldo debe ser materia concreta.



LA CIUDAD ABIERTA  
COMO ACTO  
ARQUITECTONICO

Patricio Cárvanes S.

Decano de la Facultad  
de Arquitectura y  
Urbanismo PUCV.

Manuel F. Sanfuentes

Director Ediciones e[ad]

La Ciudad Abierta de *Amereida* es extensión que da cabida. Esta vez dándosela al acto de presentación del libro *El Acto Arquitectónico* de Alberto Cruz Covarrubias.

En la Ciudad Abierta realizamos actos; son ellos, los actos poéticos, los que nos ubican en la partida. Son inau-gurales, y es que en ellos palpamos el origen.

*Amereida*, en voz poética, nos indica con reiteración:

*“es por esto que mañana partimos a recorrer américa”.*

Con ojo atento, advertimos que esta partida es también culminación; es partida que avisa una llegada. Así, bien se entiende, no es sólo dar inicio como una puesta en marcha, no. Es partida, que extendiendo el espacio, ofrece lugar y sostiene el *Acto* para que transcurra la palabra, y así, el encuentro entre los hombres que constituyen mundo.

Esta construcción de acto, es ejercida aquí, retirando la presencia de los que la sostienen, para ceder el espacio a los que se presentan y así, nombrarlos huéspedes. Este ofrecimiento es para oír de los otros, estos textos discursivos y retenerlos nosotros.

Pensamos que con ocasiones como ésta, se nos permita ir accediendo a la comprensión de la palabra hospitalidad, con la que construimos la ciudad y, desde ella, el continente.

Habitamos en dicho *acto arquitectónico* junto a la impropiedad que nos otorga la poesía; y es en esta brecha donde recibimos lo que se nos dice, agradecidos.

Los textos que aquí se leen –presentados en la Ciudad Abierta de *Amereida* y en la ciudad de Valparaíso– ahondan precisamente en estas dos cuestiones, a saber: la dimensión de *poiesis* en el quehacer arquitectónico y de todo oficio, y el propósito histórico que «debiesen» develar o develan sus acciones.

Admitir *la demora*, como se señala en el libro que se presenta, nos permite hablar desde lo irresoluto por tanto –se nos ha señalado– la abertura de la palabra la deja siempre en un cuestionamiento que reconoce el desconocido en el que se haya. Esto no impide ni desmerece el diálogo en torno a estas cuestiones amereidianas que comienzan a tratarse más allá de su propio ha-lugar; y menos, propone un modelo que quisiera guiar las dimensiones creativas de cada quehacer. Ello nos llama a pensar la hospitalidad como el *lugar de encuentro* que provoca la abertura de lo que se ha guardado como una intimidad que en su momento toca al mundo con su palabra, no como una respuesta.

Valparaíso, Agosto 2011.







## PRESENTACIÓN DEL LIBRO EL ACTO ARQUITECTÓNICO

Sala de Música  
Ciudad Abierta, Corporación Cultural Amereida  
Miércoles 13 de Octubre 2010.



«Este escrito-lectura será breve, será denso y ralo»,  
 Juan Borchers; *Cosa General*.  
 Escrito-lectura para Isidro Suárez y Alberto Cruz.

LA COMPLEJIDAD  
 DE UNA OBRA Y SU  
 HISTORIA PENDIENTE

Agradezco a mis compañeros de mesa, a Pedro Gandolfo y Roberto Godoy, y a la comunidad de Ciudad Abierta, esta honrosa invitación a hablar sobre la obra artística que vienen haciendo y proponiendo ustedes bajo el extraordinario liderazgo de don Alberto Cruz Covarrubias. Me siento verdaderamente muy honrado.

Alfredo Jocelyn-Holt L.

Historiador

Puesto que no existe una historia acabada del trabajo hecho desde que don Alberto se integra a la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica de Valparaíso, hace ya casi seis décadas, he pensado que sería quizás útil sugerir algunos pocos alcances y provocaciones que podrían servir a una reflexión futura de esa índole. Historia que, ojalá, se escriba, dado el valor, originalidad, y complejidad de una obra colectiva que este nuevo texto, *El Acto Arquitectónico*, viene a resaltar y confirmar aún más.

Estoy plenamente consciente de los valiosos aportes de estudiosos como Fernando Pérez Oyarzún, Rodrigo Pérez de Arce, Enrique Browne, Ann Pendleton-Jullian, Rafael Andrés Moya Castro, Manuel Sanfuentes, Mauricio Puentes, Manuel Moreno, Humberto Eliash, y muchos otros, para divulgar, contextualizar y analizar el trabajo llevado a cabo en la Escuela y en Ritoque. Pero, concordemos que se podría ahondar aún más en el tema.

Tengo la impresión que lo que se ha adelantado hasta ahora, está todavía en un estadio previo, tentativo, *arqueológico* por así decirlo (con todo el respeto que me merece la arqueología), focalizado en querer constatar y registrar la existencia de esta escuela-obra-proposición colectiva desde un punto de vista predominantemente arquitectónico partiendo de sus principales hitos, sus proyectos realizados o no, la importancia que le ha cabido a la poesía, y la manera de cómo se trabaja la enseñanza entre ustedes. Lo que, en sí, no está nada de mal, pero dado que la propuesta es muchísimo más amplia, original, y ambiciosamente inter-

disciplinaria, es posible que se corra el riesgo de congelarla como una pura creación plástica, morfológica, o estrictamente estética.

A fin de que me entiendan, les cuento que mi primera vocación y formación fue en historia del arte y literatura, pero muy luego, sentí que era necesario, para fines de comprensión, ampliar el radio de análisis disciplinario. Por eso me especialicé en historia de las ideas, luego estudié derecho y tiendo a asumir en mis estudios históricos una perspectiva generalista, interpretativa, lo más alejado posible de la erudición puramente factual. Perspectiva por la que de nuevo me inclino cuando intento abordar tentativa y muy insuficientemente sin duda un tema como el que me han invitado a discutir este mediodía. Es en ese sentido que me gustaría que se entendiera lo que tengo que decir.

Lo primero que me llama la atención en los trabajos ya adelantados es la insistencia en los orígenes universitarios de esta propuesta. La salida de Cruz Covarrubias de la Universidad Católica de Santiago, el contexto académico singular en que se produce dicha salida, su invitación a sumarse a la escuela de Valparaíso extendida por el entonces rector Jorge González Foster que, en todos los recuentos –conste– se le asocia a la orden jesuita. Me perdonarán pero la calificación de Jorge González Foster como jesuita es tan llamativa como, *a contrario sensu*, me resulta siempre la omisión del origen venezolano de Andrés Bello en la fundación de nuestra universidad «nacional». Al parecer, importa, y no poco la filiación sacerdotal de dicho rector, aunque no queda claro hasta qué punto y en qué sentido.

También el hecho de que haya sido la Universidad Católica de Valparaíso donde se inició el proceso de reforma universitaria. Tergiversada o no, esa reforma tuvo consecuencias eventuales muy discutibles. Según Mario Góngora, muy amigo de Alberto Cruz:

Los movimientos de Reforma Universitaria, iniciados en la Universidad Católica de Valparaíso con fines puramente intelectuales e institucionales, se transforman en movimientos partidistas en todas las universidades

del país, exigiendo el cogobierno de esas corporaciones por Profesores, Estudiantes y Universitarios [...] El resultado fue que el nivel intelectual de las Universidades no subió un punto entre 1967 y 1973.

Góngora es tajante; no entra a fundamentar su impresión. Lo cual no significa que esté errado –de hecho, tiendo a simpatizar en buena medida con su diagnóstico–, pero así expresado, pasa por alto el grado de responsabilidad que le cupo también a posturas gremiales, no sólo político-partidistas, en el desenlace eventual tan pernicioso que siguió.

A estas alturas, sabemos bastante respecto a las posturas gremiales o gremialistas y cuánto ayudaron a radicalizar el proceso chileno. De ahí que resulte algo ingenuo sostener que haya habido un polo meramente purista, aséptico, apolítico, *ergo* «inocente» ideológicamente. Cuánto le cabe al reformismo gremial inicial haber generado el escenario eventualmente revolucionario e incontrolable es una pregunta que, obviamente, Góngora no se plantea. Góngora habla aquí como testigo y partícipe involucrado. En cambio, para nosotros hoy en día, el asunto ha venido develándose un tanto distinto de cuando Góngora escribió lo anterior, el año 1981. Esta dimensión supuestamente «apolítica» –de hecho dudosamente tal– no se la puede seguir esquivando; hay que someterla a análisis, interpretaciones, posibles conjeturas y falsificaciones si corresponde, duela o no.

En efecto, todos los trabajos que disponemos de esta obra (la de ustedes), la hacen aparecer en un vacío político y social absoluto. Lo cual no se compadece con el contexto sobrecargado –como nunca en la historia de este país– de radicalización, politización y enfrentamiento en que surge y prospera. He aquí un nudo que cualquier explicación histórica tendría que entrar a desentrañar y desenredar. La Ciudad Abierta se funda en 1970, una fecha de por sí emblemática, preñada de significados. Se instala, además, en terrenos disponibles gracias a la Reforma Agraria tengo entendido, uno de los cataclismos políticos, sociales e institucionales más trastornadores que hemos tenido en Chile. Al alero, por lo demás, de un grupo de profesores de una

universidad católica y que, al igual que todas las de entonces, públicas o privadas, sufrían tomas, manifestaciones, y enfrentamientos diarios. La Universidad era el espacio político por excelencia en ese momento. Sin embargo, lo que ustedes se proponen es un audaz trabajo comunitario –muy a tono con la época–, pero curiosamente, inspirados en un esfuerzo de corte eminentemente poético, y con visos fuertemente religioso contemplativos. Es más, inspirados en proposiciones como el llamado a «cambiar *de* vida» y no «cambiar *la* vida» (como señala Cruz en p. 142 de este nuevo libro), es decir, «no cambiar el mundo» como lo relata puntualmente Enrique Browne; proposiciones derechamente provocativas, a contrapelo de lo que se planteaba justo en ese momento en el resto del país.

Otro aspecto que me llama la atención de esta obra liderada por Alberto Cruz Covarrubias son las redes y conexiones que dan cuenta de innumerables afinidades y sensibilidades compartidas, más allá de la arquitectura propiamente tal. Recién mencionaba a Mario Góngora, personaje que conozco bien y admiro muy por sobre los restantes historiadores contemporáneos chilenos. De hecho, no se me escapa que ustedes han homenajeado a Góngora, incluso le han levantado un reconocimiento público a modo de monumento o placa en el atrio de la iglesia de La Matriz, y se le suele mencionar una y otra vez en los recuentos de los orígenes de esta escuela justamente por las afinidades y concordancias que comparten con él. Pero, ojo, Góngora es una figura complejísima, política, cultural, religiosa e ideológicamente hablando. La suya fue una trayectoria intelectual y búsqueda personal muy rica, también muy accidentada. Él mismo terminó por auto-calificarse como un «derrotado» y «escéptico» a concho. A Isidro Suárez –otra figura cercana a Alberto Cruz y a esta casa de estudios– Góngora le escribiría, en 1980, la siguiente confesión descarnada:

Salí del comunismo, feliz, a fines de 1940: la chispa vino, no del catolicismo (en el fondo nunca lo dejé) sino de la lectura de Nietzsche. Pero te falta en tu enumeración

el eslabón más importante, y el que me acompaña hasta ahora: la germanofilia. Fui durante la Segunda Guerra Mundial entusiasta partidario del Eje Roma-Berlín. Nunca he sido un demócrata, y mis *maître a penser* son todos antidemocráticos. Pertenezco, salvadas todas las proporciones, a toda una generación europea que, desde 1900 a 1940 fue todo (comunista, fascista, tradicionalista, falangista, rexista, etc.), antes que partidarios de la realidad y de la palabra democracia. Y ahora, a los 65 años, pienso eso con todas mis fuerzas... Yo soy uno de los vencidos (intelectualmente) de la II Guerra.

Y, a Teresa Pereira, refiriéndose a su desencantamiento con los «ismos» de su época, le agregaría en 1984: «Soy un escéptico total, pero... un escéptico histórico».

Conste que Góngora hace extensivas sus inclinaciones a toda una generación, si bien «europea» dice él, también chilena lo más probable. Una generación que se alucinó con el romanticismo alemán, el historicismo que recoge Friedrich Meinecke, con Herder, Hegel, Spengler y Alberto Edwards, en algunos casos con Heidegger, con la poesía de Stefan George, Rilke, Huidobro, que incursionó también en el milenarismo de índole místico, y que profesó siempre una fuerte crítica y antipatía para con el mundo anglosajón, finisecular francés, y eventualmente con el norteamericano por su acentuado racionalismo y materialismo burgués, capitalista y liberal; otro tanto habría que decir respecto del desarrollismo, la tecnocracia y el economicismo en la medida que fagocita al humanismo, en particular aquí en América Latina. Una generación que, en otro alcance que hiciera el mismo Góngora, éste catalogara como de «renovación católica» incluyendo en ella figuras como las de Oscar Larson, Jaime Eyzaguirre, Clarence Finlayson, Armando Roa, Rafael Gandolfo, Osvaldo Lira, Roque Esteban Scarpa, Manuel Garretón, Eduardo Frei, Bernardo Leighton, Ignacio Palma, Jorge Prat, Jaime Castillo, Juan Salas Infante, Eduardo Anguita, Braulio Arenas y el grupo Mandrágora, Roberto Matta, Miguel Serrano, Félix Schwartzmann, Jorge Millas, Luis Oyarzún, Raúl Ampuero, Joaquín Luco, Néstor Meza,

Eduardo Cruz-Coke, Juan Gómez Millas, y específicamente en el área arquitectónica, y por eso la validez del alcance y contexto que hace alusión Góngora en esta cita y por qué la traigo a colación: Juan Borchers, Godofredo Iommi, Alberto Cruz Covarrubias e Isidro Suárez.

Dada esta conexión y genealogía compartida, me pregunto si no es aquí –en este componente católico renovado, afín a sensibilidades poéticas, a la vez que duramente crítico del politicismo de corte liberal y partidista tan pronunciado en Chile hasta la década de 1920 para luego decaer en los años 30– donde reside buena parte de la clave de por qué, en el caso de ustedes, se omite sistemáticamente el carácter político en una de las, irónicamente, más políticas décadas que ha atravesado Chile, las de los años 60 y 70. ¿No será que la obra de ustedes es la culminación de esa genealogía revisionista y por eso los lazos y vínculos tan estrechos con personas como Mario Góngora quien explicita tan honestamente –él después de todo es historiador y debe hacerlo– este carácter ideológico anti-político?

Si ese fuese el caso, y, de hecho, sospecho que lo es, comienzan a calzar muchas cosas que, hasta ahora, si nos hemos de guiar por la literatura meramente «arqueológica» al respecto, aparecen como piezas sueltas de un puzzle que reclama una explicación histórica más comprehensiva. Desde luego, por qué nacen ustedes al alero de una institución universitaria católica; presidida, además, por un sacerdote jesuita (evidentemente de vieja guardia, todavía no *aggiornado* con ocasión de los cambios que se sucederán al interior de la Iglesia tras el Segundo Concilio Vaticano); por qué se revive una propuesta comunitaria conventual de trabajo de maestros y aprendices, en los márgenes, en la «frontera» (un concepto muy jesuita), de su tiempo e incluso espacio; con visos utópicos, es decir, americanos pero también, en algún lugar no lugar todavía indeterminado al que hay que trazar e ir a buscar bajo el prurito de «andar andando»; con pretensiones atemporales y contemplativas, ajenos a toda *praxis* y accionar dirigido a «cambiar el mundo»; lejos del mundanal mundo y ruido; por lo mismo, desvinculados de



la agitación y bulla colindante de aquella época, concedo que ruidosa, muy ruidosa. Y, es más, por qué ustedes pueden llegar a montar una «ciudad» (entre comillas), «abierta», con «ágora», espacios «públicos», pero carentes de todo sentido público como yo –por el contrario, que vengo de un mundo liberal, laico, ilustrado, anticlerical, individualista, afrancesado, anglo-inclinado, admirador incondicional de la institucionalidad oligárquica liberal tradicional del Chile del siglo XIX, y, por supuesto, ajeno a todo sesgo colectivista– entendería por ciudad, es decir, con ciudadanos con derechos, garantías, y compromisos políticos. Cuestiones que, evidentemente, a ustedes les importan poco o nada; si no es el caso, por favor corríjanme.

Nuevamente, es Mario Góngora quien, en una de sus esclarecedoras entrevistas, provee la explicación que pareciera estar faltando. Refiriéndose a la ausencia y necesidad de un «renacimiento» intelectual católico en 1976, cita al pensador existencialista Peter Wust en un texto de 1929:

«De cierto, nosotros los católicos necesitaríamos en primer lugar de un pequeño círculo intelectual, estrictamente católico, religiosa y espiritualmente cerrado, como fuente de una nueva formación sustancial, una especie de Círculo de George católico [*Georgekreis* en referencia al círculo en torno a Stefan George], en que el punto central no fuese George [Stefan George], sino Cristo. A partir de este círculo, orando, deberíamos llegar a configurar algo nuevo (que sería en el fondo lo más antiguo de nuestros antepasados), en medio de este mundo desesperado».

En un artículo de 1983 en la revista *Realidad* del movimiento gremialista volvería a más o menos la misma idea pero más puntual y atingente –presumo– al experimento llevado a cabo en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica de Valparaíso.

«Es difícil creer en estabilidades en estos finales del siglo XX: el avance soviético en Asia, África y Latinoamérica, los grupos de ultraizquierda, el caos en los países «tercermundistas», el terrorismo, la disolución de la familia

en todo Occidente, etc., etc. hacen que tal meta sea casi ilusoria. Y por desgracia Chile está ahora situado de tal manera en ese horizonte mundial (tanto efectiva como publicitariamente) que su estabilidad es una meta igualmente difícil de alcanzar. Pero si, con todo, quisiéramos lograr una relativa estabilidad, diríamos que ella solamente es posible en la medida que exista una élite dirigente que asegure alguna continuidad política, social y cultural. La formación de una nueva élite sería la tarea primordial a mediano y largo plazo, y ella puede salir únicamente de la Universidad. Cuidar de la formación de una élite universitaria, libre y altamente seleccionada, sería la tarea fundamental, si se quieren evitar los terribles peligros de una democracia de masas.

Creo que hoy es más verdadera que nunca la frase de Heidegger en una entrevista: «Sólo un Dios puede salvarnos». [Esta última acotación, de 1982].

En el fondo, la solución que propone Góngora para sortear la crisis en que creía que vivíamos era fundar pequeñas células, comunidades, sectas «catecúmenas» de prosélitos e iniciados, desde donde volver a «salvar» y regenerar la sociedad y cultura general decadente. Parecido, si lo intuyo bien, a como Ignacio Balcells, por todos ustedes conocido, en sus memorias, *La Mar. Una versión de la Vida ante el Mar y del Viaje a Solas por las Costas de Chile*, publicado en 2001, habló de esta Ciudad Abierta como «El Arca de Babel». Conversé telefónicamente con Ignacio, un poco antes de que enfermara, para ponernos de acuerdo y me explicara mejor los pasajes tan dramáticos y duros que le había leído y me impactaran. De entonces data, en parte, mi interés por la obra de ustedes. Su lamentable muerte prematura impidió esa conversación. Los historiadores tenemos que oír todas las versiones, con mayor razón las escritas.

Pero volviendo a lo anterior, leyendo estos textos de Góngora, creo comprender la enorme afinidad que tuvo él con muchos de ustedes, con don Alberto por cierto. Explican, mejor que cualquier otro registro que yo conozca, un experimento como el que se han abocado en estas casi ya

seis décadas. Será, quizá, porque Góngora era un historiador y ustedes carecen de uno a la fecha, que estas referencias en oblicuo me hacen mucho sentido, me permiten entender sus objetivos.

De más está señalar, que no los comparto. Por mucho que admire la labor que han hecho, sus magníficos espacios, intenciones poéticas, oficio, conciencia continental espacial y utópica, creatividad y vocación de enseñanza también evidentes, para qué decir sus buenas intenciones humanistas que, por cierto, no cuestiono, me ubico en las antípodas de sus propósitos. De ahí que no pueda ocultar mis también reservas, algo críticas.

Pienso que el apoliticismo que me parece que profesan los expone y vuelve sumamente vulnerables. En efecto, no se entiende, no lo han explicado debidamente; cuestión que una eventual historia, oficial o no, tendría que entrar a explicitar y ofrecer luces aclaratorias. Desde luego, como ya lo he insinuado, el apoliticismo se confunde con el gremialismo de los años 60 y 70, y sabemos que éste de apolítico y no-ideológico no tuvo nada. Fue más bien una impostura, una falsa conciencia, que permitió y terminó legitimando una dictadura militar brutal y represiva en este país causando demasiado daño humano e institucional en el «camino recorrido». Es más, la abjuración retrospectiva que hiciera, por ejemplo, Thomas Mann de su propio apoliticismo, desafia y emplaza cualquier apoliticismo posterior. Cómo fue que ante reconocimientos de ese orden, conocidos en Chile sin duda que entre gente culta –gente como Góngora– se siguiera insistiendo que se podía ser «apolítico» es algo que no sólo no se entiende, los expone a que se les tache de irresponsables.

Sospecho, además, que cierto revisionismo histórico crítico podría emprenderlas en contra de ustedes de igual manera como se ha hecho con la Bauhaus tardía, bajo la dirección de Mies van der Rohe y en pleno Tercer Reich; en efecto, no me sorprendería que un ángulo de análisis en esa línea los termine por emplazar duramente en el futuro cercano. El solo hecho de que en los recuentos y análisis que

se han adelantado –lo que yo he llamado la exposición «arqueológica», no histórica– no se mencione siquiera lo que estaba ocurriendo sincrónicamente aquí mismo en el campo de detención de Ritoque entre junio 1974 y 1975, resulta extraño por decir lo menos. No se les escapará –supongo– la crítica y sombra histórica que se ha tendido sobre Weimar (la ciudad civilizada por excelencia de Goethe, Schiller y Herder) por su proximidad con el campo de exterminio de Buchenwald durante la Segunda Guerra Mundial. Aun guardando las proporciones, no resultaría raro que se haga, alguna vez, una analogía similar –me temo– con ustedes.

Más complicado aún, quizás, es que dificultades de este y otro tipo impidan sopesar el valor altamente positivo de esta Escuela y su propuesta. Me perdonarán, pero la falta de una historia como Dios manda, puede que justifique que a ustedes se les siga percibiendo como una mera excentricidad, una apostilla curiosa del movimiento moderno, sin mayor trascendencia más allá de su efecto puramente marginal. Si abogo porque se haga una historia es para que se les haga justicia, tanto para con su aporte, originalidad, como audacia.

En una de estas, algunos de ustedes, prefieren este papel exótico. De ahí que gusten y cultiven cierto hermetismo, por no decir, cierto ensimismamiento autosuficiente, adictivo, como si éste fuera para puro consumo interno dirigido a iniciados. Algo de eso se desprende del lenguaje un tanto etéreo, rebuscado con que, a menudo, postulan sus propuestas teóricas y poéticas. Reconozco que, en lo personal, la oscuridad e ininteligibilidad del lenguaje que emplean grava duramente la paciencia de este lector. Me pasa también con Góngora como cuando en su casi siempre lúcido *Ensayo Sobre la Noción de Estado en Chile*, para dar a entender qué entiende él por «Estado» recurre a dos definiciones francamente macarrónicas. Una de Edmund Burke en que dice que el Estado no es esto o aquello –no es el Fisco ni la burocracia– sino algo que debe reverenciarse –«una sociedad sobre toda ciencia, una sociedad sobre todo arte, una sociedad sobre toda virtud y toda perfección no es solamente una

sociedad entre los que viven, sino entre los que están vivos, los que han muerto y los que nacerán». Y otra tomada de Spengler en que se sostiene que «el verdadero Estado es la fisonomía de una unidad de existencia histórica». Llevo años, treinta años para ser exacto, desvaneciéndome los sesos tratando de entender qué diablos quisieron decir Burke, Spengler y Góngora, y la verdad, confieso, es que paso. No soy el único. En cambio, Max Weber definió el Estado con tanta más claridad y precisión («una organización que mantiene con éxito la pretensión al monopolio legítimo de la violencia sobre un territorio determinado»), y eso porque fue concreto, al callo, esquivando malabares y tentaciones metafísicas y esencialistas.

Aún admitiendo la posibilidad de que ustedes, al igual que Góngora, quieran distanciarse de racionalidades convencionales, me temo que la tendencia en historia apunta cada vez más a apartarse de explicaciones poco transparentes o, peor, abstrusas o oscuras. Cuánto ha entorpecido la posibilidad de hacer una historia de la obra de ustedes esta ininteligibilidad algo forzada, por tanto, es una pregunta que tiro simplemente sobre la mesa por lo que valga.

Me llama, eso sí, la atención que los recuentos que se han hecho de la Escuela de Arquitectura de Valparaíso recurran con demasiada frecuencia a meras glosas de postulados de los escritos y manifiestos que han salido de aquí. Con todo, por muy brillantes y lúcidos que estos sean, me parece que el efecto de rebote que esto produce puede que les esté jugando una mala pasada. Yo presumo que esta escuela es bastante más elocuente que la impresión de que se está ante una *ars poetica* permanente que es como suele proyectársele; de ahí también la imagen de locuacidad algo delirante con que se les asocia, quiero creer que un tanto injustamente.

Perdonen y discúlpennme si he abusado de la hospitalidad que ustedes, tan válidamente, se sienten orgullosos habiendo hecho de ella uno de los pilares más sólidos de su notable comunidad. Si he optado por ser crítico y hablar derechamente frente a ustedes es porque admiro lo que han hecho; me maravillan algunas personas afines a su trabajo y aporte

con que los asocio –evidentemente Góngora, espero que haya quedado claro–; y aunque me sitúo en la vereda de enfrente, aprecio la necesidad de que se haga una historia de la Escuela, de esta Ciudad Abierta, y de sus extraordinarios líderes e inspiradores. Historia que falta por hacer, que los insto a hacer para, desde luego, desvirtuar cualquier error por ignorancia en que yo mismo haya incurrido, si es del caso.

Entiendo la historia como reflexión y diálogo honesto, no complaciente. Agradezco, pues, su gentileza e invitación. Y felicito a don Alberto por haber ayudado a crear un espacio tan vivo donde eso sigue siendo posible.